

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 309

Barcelona, 7 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

## No es

por su fuga  
presurosa por lo que  
no se permite su regre-  
so a la Universidad. Es  
porque ustedes se han  
ido conscientes de que  
hacían mal en irse.

(Del artículo "Catedráticos sin cátedra", de Daniel Tapia Bolívar).

## Catedráticos sin cátedra

En la «Gaceta de la República» del sábado 4 del actual apareció la siguiente Orden:

«Al decidir el Gobierno de la República la reanudación de las actividades académicas en las Universidades radicadas en territorio leal, hubo de disponerse, por Orden del 28 de agosto último («Gaceta» del 31), la presentación en la Secretaría general de la Universidad de Valencia, antes del día 15 de septiembre, de todos aquellos profesores universitarios a quienes la sublevación de los militares facciosos hubiera sorprendido en territorio leal o en el extranjero, con la sola excepción de aquellos que se encontrasen fuera de España cumpliendo alguna misión oficial confiada o autorizada debidamente por este Ministerio.

Contrastando con la generalidad de nuestro Profesorado que, fiel al cumplimiento de su deber, respondió con diligencia y entusiasmo a este requerimiento ministerial, como con anterioridad lo habían hecho los profesores de otros centros de enseñanza y los maestros de nuestras Escuelas nacionales, un grupo de profesores universitarios, manifestando una evidente falta de solidaridad con el pueblo español, que lucha con abnegación heroica en defensa de las libertades nacionales, ha faltado abiertamente al cumplimiento de sus deberes más elementales, desoyendo el llamamiento del Gobierno y permitiendo con su abstención que sus enseñanzas pudieran quedar desatendidas, cosa que sólo se ha podido evitar por el celo con que otros profesores, con un sentimiento más elevado de sus obligaciones profesionales, se han dispuesto a suplir sus ausencias.

Por todas estas consideraciones, y en cumplimiento de lo previsto en la citada Orden de 28 de agosto próximo pasado,

Este Ministerio ha tenido a bien disponer que queden incurso en las sanciones establecidas en el artículo 171 de la vigente Ley de Instrucción pública, para los casos de abandono de destino, los Profesores que figuran en la siguiente relación:» (Esta consta de veinte nombres.)

\*\*\*

Desertores de su cátedra, desertores de su patria, desertores de su propio destino. ¿Qué hacen que no asistan a dar sus respectivas clases los profesores que siempre fueron puntuales? No habrá luego «decíamos ayer...» que les valga. El hoy es lo que importa en la España heroica de cada día. Y los catedráticos formales han faltado a sus aulas, a su formalidad cotidiana. Se han hecho traición. No habrá pretexto infantil que los absuelva, ni enfermedad fingida de colegial desahogado que intente burlar la buena fe de sus jueces. Ahora son los discípulos quienes piden cuentas y no están dispuestos a admitir engaños. Ellos, que fueron maestros, saben de sobra que no valen triquiñuelas ni habilidades a la hora del examen, a la hora de la verdad.

Esta hora es la que ha sonado en España. No precedida de carillones ni otros artilugios de relojería. La hora dramática española—hora de exámenes a conciencia en las conductas—ha repercutido por todo el territorio nacional con la voz ronca y grave de los disparos de cañón. Sobran, después de oídas las campanadas cabales, las repetidas y bulliciosas apariciones del cuco charlatán o la adhesión tardía de estos otros maestros cantores, atrasados de hora y relojeros de su propia deshonra.

Sí, señores catedráticos sin cátedra; hoy son los alumnos—¡asómbrense!—quienes se han constituido en tribunal de honor para juzgarlos a ustedes. Ni exigen recitados de memoria ni se aplacan con disculpas medrosas. Hoy son los estudiantes, que van a dar su vida para que en España sigan abiertas las Universidades, quienes tienen pleno derecho a vigilar la entrada en los claustros universitarios. A ustedes se les ha prohibido el paso. No olviden la lección. No la

olvidarán, de seguro. Todos ustedes tienen una conciencia, una conciencia cuyos dictados—es verdad—no siguen, pero cuyos mandatos conocen, e incluso bordean con habilidad magistral. Todos ustedes—filósofos, filólogos y pedagogos—tienen su alma en su almario. Aterida, pero la tienen; y ahí empieza su tragedia. Lo que les pasa es que su frivolidad, una frivolidad nacida al calor y al frío del ser o no ser, del no ser y parecer que se es, les impide adaptarse a las normas de su «yo» legislador. Ustedes son sus propios indisciplinados con respecto a su conciencia, sus peores enemigos y los más desobedientes. Peor para ustedes. Y eso es cabalmente, esa infidelidad suya consigo mismos, lo que ha de atormentar siempre sus pobres almas de profesores con botas de botones y ciencia con demasiados ojales.

Ustedes—¡claro!—tendrán una y mil razones—infinitas y agudas razones de las que ya no sirven en España—para justificar su ausencia. No es eso lo que se les pide. No es de una razón, es de un sentimiento de lo que carecen. No es por su fuga presurosa por lo que no se permite su regreso a la Universidad. Es porque ustedes se han ido conscientes de que hacían mal en irse, auestas con un oscuro remordimiento que de seguro les pesa aún. Lo condenable dentro del hecho de su desertión es que entre sus muchos motivos de ausencia no aparece uno sólo de índole sentimental. Ustedes no se han ido por su gusto, sino por su conveniencia. Ustedes saben—¡cómo no lo han de saber!—que los más recónditos sentimientos humanos—patrióticos o no, políticos o apolíticos, ancestrales si ustedes quieren, o salvajes, si es preciso—tienden a que el hombre se quede en su sitio—cargue con su destino—allí mismo, en su país, sin dejarse violentar por el soplo—o el silbo—de sus egoísmos. Y ustedes, que tanto alardeaban de haber hallado la postura de su destino impar—¡buena postura frente al teatro del mundo!—, que tan seguros estaban en sus firmes doctrinas, han sido los primeros que han sucumbido a la ráfaga precursora del temporal que amenazaba a España. Pecado de debilidad o hipocresía. No, no pueden decir ustedes que se fueron en cumplimiento de su libre albedrío; se fueron violentando esa voluntad natural de quedarse en España. De lo contrario, estarían ustedes al otro lado—con Franco—, y tampoco lo están. Se han quedado ustedes en el peor sitio, en el polo desapacible de las actitudes estudiadas y falsas, donde se pierde la sensibilidad y el tacto de las temperaturas. ¿Por qué se inhibieron del drama español? Ustedes lo sabrán. Nosotros lo sospechamos. Tal vez porque su voluntad fuera una entelequia. Tal vez, algunas veces lo pareció, porque no había tal firmeza en ella, sino simple terquedad de niños voluntariosos. En total, para demostrar de nuevo su obstinación de grandes hombres víctimas de un pequeño rencor.

Pero ustedes no querían irse, mejor aún: no querían haberse ido. Lo peor—lo peor para ustedes—es que ya es tarde para volver. Jamás les cabrá participación alguna ni en el honor ni en el dolor que hoy abrasa a todos los españoles. Ni padres ni padrinos de este rumoroso natalicio de todo un pueblo. Ustedes, catedráticos sin cátedra, españoles sin patria y hombres sin conciencia, han perdido definitivamente la cualidad de ser quienes eran o quienes creyeron ser. Han perdido su centro—conciencia y razón de todo lo humano—y se han quedado en simple circunferencia; rueda sin eje, alma sin pena, circunferencia sin «yo», sin demostración palpable de que lo es. Ustedes se han quedado en su cáscara. Cáscara vana y vanidosa, donde a lo más rebulle la almendra consumida y amarga de su autotraición.

DANIEL TAPIA BOLIVAR

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

## La intervención en España DIPLOMACIA INSINCERA

El Comité Ejecutivo de la Unión pro S. de N. aprobó ayer una resolución condenando «la acción de ciertas potencias que fomentan, con la fuerza armada, los disturbios interiores de España, y la diplomacia desvergonzada e insincera por la cual esta acción se ha prolongado».

El Comité lamenta, asimismo, el fracaso de los esfuerzos reiterados del Gobierno británico para lograr el término de toda intervención militar extranjera, la retirada de todos los soldados extranjeros que luchan en la actualidad en España y el fin de la

importación ilegal de armamento para que pueda crearse una oportunidad favorable a la negociación de paz; considera asimismo que a menos que estos esfuerzos tengan un rápido resultado en tal medida que haga posible que desaparezca de la guerra española su carácter de conflicto internacional, se deberían restablecer al Gobierno español aquellas facilidades para obtener armamento, a que tiene derecho según las normas del Derecho Internacional.

(«The Manchester Guardian», 3-XII-1937.)

### Un artículo americano

## Violenta respuesta en el órgano del «duce»

El artículo aparecido en el «New York Times», hace dos días, proponiendo que las tres democracias—Gran Bretaña, los Estados Unidos y Francia—se defiendan contra las dictaduras por medio de la presión económica y sugiriendo que las negociaciones comerciales anglo-americanas sean el principio de aquella acción, ha motivado—dice Reuter—una contestación de Mussolini en el «Popolo d'Italia».

La idea que está en período de fermentación en los vientres hinchados de las democracias es la de la estrangulación económica, la asfixia, el bloqueo y el hambre para los pueblos que no comen cinco veces al día, dice el artículo. Esto revela una gran vileza porque esa clase de lucha ataca más a la población civil que a los combatientes. Discutir por más tiempo la utilidad de la autarquía ante tales demostraciones sería más que ridículo: sería criminal. A la amenaza de guerra económica, de bloqueo o de hambre, los pueblos que merecen tal nom-

bre están obligados a contestar de la única manera posible: con la preparación rápida y completa del espíritu y de las armas.

Creer que la historia puede cristalizarse definiendo como agresores reales o presuntos a los pueblos más pobres que tienen el deber sagrado de no resignarse perpetuamente a la demasiado deslumbrante desigualdad del reparto de los bienes de la tierra, es un estilo ultra-democrático de desvergüenza. Creer que estos pueblos necesitados y fuertes pueden ser intimidados por la amenaza de la estrangulación económica, es dar pruebas de una ignorancia colosal. Es evidente, en efecto, que los pueblos más pobres, que tienen poco que perder, son menos sensibles que los demás a las medidas de carácter económico.

Jamás se nos intimidará con estas amenazas insolentes, pero tomamos buena nota de estas proposiciones delicadas.

(«The Times», 3-XII-1937.)

En la página  
siguiente

## LA RESPUESTA DE VARGAS

Por Nicolás  
Guillén

## El III Reich se interesa también por Argelia

Berlín, 4.—Continuando la campaña colonial emprendida actualmente en Alemania, el «Berliner Tageblatt» y la «Gazette de Cologne» dedican artículos a Argelia. La «Gazette de Cologne», que titula su artículo «Las riquezas de Argelia», pretende demostrar que este país no está explotado a pesar de que ofrece grandes posibilidades económicas. Además, según este órgano, Argelia tropieza con grandes dificultades por su unión aduanera con Francia.

(«L'Humanité», 5-XII-37.)



# La respuesta de Vargas

La primera respuesta dada al discurso del presidente Roosevelt afirmando su postura pacifista y democrática, ha venido precisamente de un país americano, con el golpe de Getulio Vargas en el Brasil. Una respuesta brutal, que parece barrer toda esperanza en las palabras, por muy elocuentes y sinceras que sean, cuando detrás de ellas no existe una serena decisión de actuar con rapidez.

A la voz de Roosevelt, cargada de liberalismo, de respeto a la civilización y a la cultura, Vargas acaba de oponer una maniobra descaradamente fascista, mediante la cual define de una vez su repulsiva dictadura. El presidente de los Estados Unidos habló sin duda con los ojos puestos en el peligro japonés, que se extiende como una mancha de aceite sobre el mapa chino, y en la terrible situación de Europa, donde Mussolini e Hitler sueñan repartirse a España, servida en la bandeja que les tiende Franco. Sin embargo, sólo unas millas hacia el sur de su mesa presidencial, en un país enorme, rico como el que más lo sea en el mundo, tesoro de primer orden para las mismas potencias que bombardean Madrid y Shanghai, otro presidente aplasta las últimas posibilidades democráticas de su pueblo, dándole un puntapié a la radio por donde seguramente acababa de escuchar las palabras del orador yanqui.

Es innegable que el dictador del Brasil no es una fuerza aislada, un alegre ciudadano que decide de pronto cabalgar sobre la nación, azotándole los ijares como a un pollino: representa, por el contrario, el primer síntoma serio, en la América, de esa terrible enfermedad mundial que se llama fascismo, en marcha hacia una vertebración que hasta ahora no había conocido. Ya sabemos que por su estructura medieval muchas veces, por su coloniaje o semicolonaje otras, la América latina ha sido y es rica en déspotas al servicio de castas cargadas de sinecuras, de los cuales déspotas se ha valido siempre el imperialismo extranjero para ejercer una penetración pacífica y suculenta. Vehículos, simples instrumentos del capital inglés, yanqui o alemán, estos tiranuelos caen tan pronto se desgastan en el cumplimiento de la misma política que los explota, pero nadie ignora que son reemplazados inmediatamente por otros, en una sucesión infinita, sólo interrumpida por breves intervalos de atormentada democracia bajo la cual late, con indistinto pulso, la fiebre de una redentora revolución social.

El caso del Brasil es más profundo, porque Vargas acusa una actitud de obvia integración y constituye un tremendo agente de infección en el cuerpo no muy saludable de la raquítica democracia americana. No es sólo un hombre que se endiosa, que se erige en rector indiscutible y feroz, sino también todo un sistema político que se trasplanta a nueva tierra, modificando sustancialmente la maquinaria del Estado y su funcionamiento. No es un tirano, es la tiranía... Imaginad, pues, cómo ha de ser el Brasil espejo para la Guatemala de Ubico, el Salvador de Martínez, el Uruguay de Terra o la Cuba de Batista. Porque en cada uno de estos países el fascismo es un germen, un embrión que late bajo la mascarada militar y el aparato demagógico de los traidores al pueblo; pero es justo reconocer que no hay en ellos todavía una inteligente dirección económica, una sistematizada orientación política. A estos ti-

ranos los ha detenido, no el pudor, que son incapaces de sentir, sino el miedo al enigma yanqui, el terror a que, de un latigazo, el Tío Sam los haga permanecer fieles a la postura, más modesta, de perros de presa al cuidado de los grandes intereses que el capitalismo norteamericano tiene en la América española. Vargas ha dado el salto. Un salto en las tinieblas, acaso, pero que constituya no sólo un verdadero escándalo en el continente, sino una terrible norma para quienes hasta ahora han tenido más corto el atrevimiento que la ambición.

Sin embargo, no todo ha de parecernos sombrío en el panorama americano, después del caso brasileño. El golpe de Vargas debe ser un latigazo sobre las espaldas de los antifascistas de América, que los traiga despiertos a la dura realidad que vive el continente. Por lo pronto, nos enseña que hay que vigilar, que aislar esa infección. ¿Con palabras, con discursos, como el presidente Roosevelt? No; con hechos. Los obreros americanos pueden levantar sus brazos, con el puño cerrado, para formar un solo puño sobre la cabeza del dictador, impidiendo el libre movimiento económico de su gobierno, boicoteando inflexiblemente cuanto pueda servirle para afianzar su poderío comercial, cercándolo con huelgas y demostraciones de protesta. Esos obreros tienen que comprender que Vargas es no sólo un enemigo del pueblo brasileño, sino de todo el proletariado americano y del mundo, y que organizarse contra él mediante los recursos que cada país brinde o permita, es una medida de propia defensa y un valladar puesto en el camino del fascismo continental.

Para Roosevelt, Vargas debe ser mucho más todavía. Es el conducto, la bocina por donde le viene la voz de las grandes tiranías europeas, la contestación del «duce» y del «führer» a sus esfuerzos de paz... ¿Qué hará el presidente americano? ¿Pronunciará otro discurso? Cabe esperar que no. Cabe esperar que descienda de su tribuna, y si efectivamente ama la democracia (aunque sea en la forma contradictoria a que nos tiene acostumbrados la tierra de Jim Crow y de Lynch), se esfuerce de veras en detener el avance de la política que Italia y Alemania están desarrollando en la América, frustrada hace muy pocos meses en México, triunfante ahora en uno de los países más grandes del mundo y latente como un cáncer embrionario en muchos otros de nuestro desdichado continente.

Por más que, a fin de cuentas, esa función corresponde mejor que a nadie a los trabajadores y a los explotados: son ellos, con sus propios recursos, con sus propias manos, los que tendrán que combatir su feroz enemigo. Mientras el fascismo se arma y vigila en todo sitio, Roosevelt habla sin que se disponga a actuar en firme contra la invasión de las camisas negras y pardas; Chautemps vacila, con los «cagoulards» royendo en sus narices el Frente Popular, y Eden coquetea deshojando la eterna margarita del cálculo británico... Sólo el «esclavo sin pan» puede saber fijamente dónde está su puesto de combate y cuál es el único camino para llegar hasta él.

Nicolás GUILLEN

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

## UN LIBRO DE FRANCO

# “La España de mañana”

Con objeto de contribuir a divulgar la estulticia y el imponderable cinismo del jefe de la sublevación militar española, por sus escasos méritos reducido luego al papel de ordenanza de los dictadores totalitarios, ofrecemos esta muestra del libro que acaba de escribir, seguramente en colaboración con algún otro «genio» de la barbarie falangista, y que dentro de unos días será publicado por la colección Quaderni dei C. A. U. R., bajo el título de «La España de mañana».

Por concesión del editor Beltrami, «Il Corriere della Sera» nos proporciona esta ocasión al reproducir una parte del artículo titulado: «Significación y caracteres de la sublevación»:

«Todo el mundo sabe que no di-

comienzo al movimiento para satisfacer ambiciones políticas.

Nunca me interesó la política ni me pasó por la imaginación la idea de apoderarme del poder supremo de la nación.

Si, junto con mis camaradas, levanté la bandera nacionalista, lo hice como patriota y como soldado.

Si nuestra revolución fuese una sencilla sublevación militar, con el desinterés y la hostilidad de la población civil, hubiera fracasado en un principio.

Los rojos, en su propaganda, la han clasificado así, pintándola con colores completamente distintos de los verdaderos. De esto proviene el engaño de algunos países extranjeros acerca del carácter y los fines de nuestro movimiento. En estos países

se asegura que sólo las clases privilegiadas de España, los propietarios, los ricos y el clero apoyan nuestro movimiento. En estos países nos consideran como enemigos del pueblo. Y, en cambio...

El pueblo español, todo el pueblo, es el que mantiene esta lucha. Se apoya en nosotros, porque sabe que somos el instrumento seguro de su liberación.

El pueblo son los 60.000 labradores de Navarra, que espontáneamente se pusieron en julio de 1936 a las órdenes del general Mola. ¿Y los requetés de las demás regiones, los falangistas, los voluntarios de Renovación y de Acción Popular, no representan también los diferentes elementos del alma nacional?

La propaganda roja puede decir

# El “Popolo di Roma” reconoce que el precio de la vida aumenta

Roma, 4.—El «Popolo di Roma» reconoce el alza del costo de la vida, se pronuncia contra la especulación, culpable del aumento de precio de los productos rigurosamente nacionales.

«La tendencia al aumento es general, escribe el «Popolo di Roma», este es el aspecto más grave del problema. No se trata del aumento temporal de tal o cual precio, sino del de todos los precios. Es el costo de la vida lo que aumenta.»

El editorial del periódico añade que la devaluación italiana justifica un aumento del 40 por 100 para los productos procedentes del extranjero, pero que los precios de los demás productos deberían mantenerse en su antiguo nivel.

(«Le Matin», 5-XII-37.)

## Las informaciones que publica este DIARIO, responden siempre a la veracidad más estricta

lo que quiera, pero es evidente que toda la población civil se movilizó espontáneamente para ponerse a nuestro lado, sin distinción de clase, sexo y edad; en el frente de combate se encuentran unidos los aristócratas de las más nobles casas con los campesinos y los proletarios de la ciudad, los intelectuales universitarios en fraternal compañía con los pequeños burgueses, los empleados y los obreros. Hasta los sacerdotes, que por su sagrado ministerio no pueden ser combatientes activos, demuestran su entusiasmo y su valor, prestando ayuda espiritual a los que trabajan en la línea de fuego.

España es un país de heroica gesta, de grandezas épicas, madre de ascetas y de quijotes, y son ellos los que alimentan este movimiento y le infunden fuerza y constancia.

Su sublevación no es una lucha de clases: es una lucha entre el bien y el mal. El despertar de un pueblo que no se conocía a sí mismo y se sentía minado por la fuerza oculta de la revolución, que poco a poco se

abandonaba a los designios criminales de los Comités extranjeros, la cuales, bajo la máscara de la democracia y de la libertad, destruían la más noble y espiritual que existía en nuestra vieja tierra.

No existía la libertad, que estaba subyugada por el libertinaje de los partidarios del Gobierno. Ni igualdad, porque la destruyeron los que en el Gobierno se declaraban beligerantes. Ni fraternidad, que desde hace mucho era desmentida por los asesinatos de los políticos del partido contrario, con la aprobación y la complicidad de las autoridades gubernamentales.

Acuerdos secretos con las naciones extranjeras con desconocimiento de los órganos constitucionales y de las leyes; persecuciones sin tregua, cuanto representaba un valor espiritual y moral y no se unían al campo de la revolución rusa. Esto era lo que existía en España.»

FRANCISCO FRANCO

(«Corriere della Sera», Milán, 29-XI-37.)

## Una Sociedad de Naciones fortalecida

Aunque las democracias parezcan olvidar y guarden silencio sobre ella, existe una Sociedad de Naciones. Digamos que existe una Sociedad de Naciones y que puede seguir existiendo si las democracias imponen su renacimiento, considerándola como régimen democrático, no como una agrupación de naciones en la cual cada una conserve su régimen peculiar.

Alemania presenta unas reivindicaciones que no son todas razonables (por ejemplo, el problema colonial). Por otra parte, no nos hemos negado nunca a entablar conversaciones que puedan conducir a un acuerdo y servir la paz. Pero, para llegar a este acuerdo, hacen falta garantías sólidas. ¿Qué se puede, pues, responder a las exigencias alemanas? Esto:

«Estamos dispuestos a examinar y discutir con espíritu pacífico las reivindicaciones presentadas; o, más exactamente, todos los problemas cuya solución, unánimemente aceptada, haya de traernos la paz.

«Para ello, es preciso que este acuerdo unánime esté basado en garantías que aseguren su aplicación.

«La única realidad viva que surgió de la guerra es la creación de la Sociedad de Naciones. Dentro de su marco democrático, el único que permite vivir a las naciones europeas, sea cual fuere su régimen interno, es donde deben resolverse los problemas que interesan a todos.

«La Sociedad de Naciones ha revelado su debilidad en casi todas las ocasiones en que debía haber mostrado su fuerza. Es preciso, pues, que sea fortalecida, que se refuerce ese artículo que es la clave de su eficacia.

«Nada se puede discutir sin su seno. Es, por tanto, indispensable pensar ante todo, que Alemania reingrese en ella y que Italia deje de ser su enemigo interno.

«La vuelta a una Sociedad de Naciones reforzada y provista de nuevas armas. Tal es la condición indispensable.

«Hasta entonces, no oiremos las reivindicaciones alemanas, porque ello sería vano o peligroso. Pero, llegado ese momento, las oiremos todas. La reorganización pacífica de Europa lo exige. Y por ello las exigimos nosotros.

¿Sabrán expresarse así nuestros hombres de Estado?

(«Vendredi», 3-XII-1937.)



AL VOLVER  
DE ESPAÑA.

## UN TESTIMONIO

Por ANDRE CHAMSON

A partir de este número comenzamos la publicación en nuestro diario del interesante libro debido a la pluma del ilustre escritor francés André Chamson titulado «Al volver de España. Un testimonio». De acuerdo el autor y el editor, Bernard Grasset, han autorizado gentilmente al «Servicio Español de Información» para traducir al castellano y divulgar la mencionada obra.

## ADVERTENCIA

En este mes de julio de 1937, he recorrido la España republicana, de Barcelona a Valencia y de Valencia a Madrid. Quiero consignar aquí lo que he visto, lo que allí he comprendido. Pero en este breve libro, enteramente consagrado al acontecimiento que más pasiones políticas levanta en la hora actual, me guardo muy bien de examinar nada con fines políticos. No es que quiera ocultar mi posición personal. Pienso, al contrario, que ya es suficientemente conocida. Con la pluma y con la palabra, me puse desde el primer día junto al Gobierno de la República. Para los que lo ignoren, repito que los destinos de la República española se me aparecen como los destinos mismos de la paz y de la justicia. Al regreso de mi viaje, como antes de mi partida, afirmo una vez más mi solidaridad con ella.

Pero yo pienso que toda posición política debe justificarse, más allá de la política, más allá de los acontecimientos, en las realidades humanas más permanentes y en lo que de ellas podemos proyectar sobre la pantalla casi inmóvil de la historia. Toda política que hace esta superposición y esta proyección imposibles, no es válida. Mi certidumbre de tener razón viene de que puedo olvidar en todo instante las justificaciones políticas de mi posición, sin abandonar nada de esta posición misma. Creo que las pasiones que llevo y la voluntad que me anima, no limitan al hombre, pero le conservan sus probabilidades de continuidad.

\*\*\*

Me falta decir unas palabras sobre el motivo de mi viaje.

Hace dos años, la Asociación Internacional de Escritores había decidido celebrar su próximo Congreso en Madrid. Nosotros sabíamos que encontraríamos

allá un clima excepcional de cultura e historia y unas amistades fraternas. El año último, antes del desencadenamiento de la rebelión, el Gobierno de la República española nos había invitado oficialmente. Este año, a pesar de la guerra, ha renovado su ofrecimiento de hospitalidad.

Hemos ido, por tanto, a Madrid en virtud de compromisos recíprocos, como si nada hubiera trastornado la existencia de España. Hemos ido a Madrid como intelectuales que no quieren dejarse apartar por nada de la función que les es propia. Que no se vea en nuestro viaje ni jactancia ni gesto ostentoso. No constituye ningún alarde de valor el hecho de visitar a unos amigos en la desgracia. Sería cobardía no hacerlo.

No diré nada del Congreso en este librito. Debía celebrarse en Madrid. Allí se ha celebrado. Por muy lleno de significación que haya podido estar, no es él lo que importa; es España. Es de España de quien quiero hablar. Es de esa extraordinaria y terrible experiencia humana que se desarrolla allí, entre la miseria y la muerte, la alegría y la esperanza. ¿Revolución? ¿Guerra civil? ¿Guerra internacional? ¿Azote del Apocalipsis? El hombre está en pugna con un monstruo y son ese monstruo y ese combate los que he intentado describir.

Mientras escribía este libro no he dejado de obsesionarme una frase. Frase profética que resume el sentido de todo lo que he comprendido y de la cual todo lo que se puede decir sobre España, parece sólo glosa y explicación. Me lo dijo una noche Bergamín, bajo el bombardeo de Madrid, entre las explosiones de las bombas:

—No temas nada... Lo que oyes no es otra cosa que la mala retórica de la muerte.

dejé rodear por su curiosidad, o su gentileza! Más aún que el de sus obras maestras, España me había dejado el recuerdo de esta emocionante presencia de la vida y la amé, sobre todo, por eso.

He vuelto a encontrar esta copiosa presencia durante todo mi viaje y he visto nuevamente tras los niños inmóviles y las muchachas que van y vienen como para adquirir el derecho de fijarse en el forastero al pasar, a las mujeres graves y los viejos silenciosos. La guerra no ha modificado en absoluto esta densidad humana de España. Incluso me ha parecido, en el azar de nuestras paradas, que se ha acrecentado. He comprendido estar en lo cierto, cuando al charlar con las campesinas, les he preguntado cuál era su patria, y en la Mancha o en Cataluña me han contestado sencillamente, diciendo el nombre de otra provincia: «Andalucía, Extremadura.»

Gran parte de la población en las provincias ocupadas por los rebeldes ha emigrado hacia la España leal. Para imaginarme lo que debió de ser este éxodo, me ha bastado oír a las campesinas repetir dulcemente el nombre de las provincias perdidas.

No añadían nada más. No intentaban evocar las circunstancias de su huida ni expresar su angustia. Pero, generalmente, se ponían a comparar su pueblo natal con el que les había dado asilo:

—En nuestra tierra, hace más calor, decían... Sobre todo hace menos frío en invierno.

Comparaban también lo que podían producir ambas tierras. Hablaban de frutos que sólo maduraban allí, pero sin vanos lamentos y para concluir siempre echando una ojeada sobre los campos en derredor.

—Este es un buen país... Es un hermoso país.

Quizás esta migración interior haga más por la unidad futura de España que los seculares esfuerzos de los Gobiernos centralizadores. Nunca esta tierra, a despecho de sus profundas diferencias, se mostró tan uniformemente materna para todos los españoles. Donde quiera que encuentran la libertad, se sienten ahora en su casa, se sienten en España. La historia no desperdicia semejantes experiencias.

La España campesina vive en paz su fecundidad laboriosa.

Ha conocido, sin duda, durante los primeros meses de la guerra, una especie de pánico semejante al que cruzó por Francia en los momentos de la Revolución. Toda guerra civil, todavía indecisa, arrastra fatalmente iguales consecuencias. He oído la crónica de esos meses negros, de esas sombrías semanas durante las cuales todos los pueblos vivían en pleno terror. Pero esos tiempos parecen ya terminados. En este mes de julio, tras un año de guerra, la seguridad pública se hallaba restablecida en los más apartados caseríos de la España republicana.

Esta paz laboriosa no está en contradicción con cierta pobreza. Un país bloqueado carece pronto de determinados artículos que sólo el libre cambio podría procurarles. España sigue pobre, aunque sea laboriosa y fecunda.

Pero se siente, en esas campiñas, una fuerza tranquila que emana del hombre y de la tierra y que debería ser suficiente para forjar el porvenir, obligándole a hacer la dicha de esa juventud que crece en los pueblos.

Si la España campesina se entregara a su propio destino, a las fuerzas que lleva en sí, haría crecer esa felicidad humana, como una planta o como un árbol junto a sus viñas y sus olivares.

\*\*\*

A esa tranquilidad fecunda de los campos responde la bulliciosa actividad de las ciudades. Ya conocía Barcelona, Valencia, Madrid. Al principio, me asombró encontrar estas ciudades tan poco cambiadas. Los tranvías pasan sin interrupción, los taxis obedecen a las señales luminosas, los cafés están llenos y las muchachas se paran ante los escaparates de las tiendas. En todas las calles, en todas las plazas, llaman la atención esa coquetería del traje y del peinado, esa luminosidad de las miradas tan peculiares del país. Todo vive, todo labora. Por todas partes se alzan andamios y por todas partes crecen nuevas construcciones.

Me ha chocado, sobre todo, en la España nueva, ese afán de construcción. Esto impide sentir la presencia de la guerra, pues las casas derruidas donde trabajan ya jornaleros y albañiles, parecen responder a un plan urbano y alejan del espíritu toda idea de devastación y de ruina. En vez de pararse a pensar que las bombas han hecho el vacío en esa manzana de casas, se interesa uno por el edificio nuevo, que empieza ya a crecer entre las construcciones vecinas.

En la calle, en el café, en el hotel, en las tiendas, nada hace pensar en la tragedia que asola España, y dentro de Madrid mismo, en la terrible prueba que vive esta capital. Lo que más llama la atención es la naturalidad con que las gentes acuden a sus ocupaciones cotidianas; la dependienta con sus rizos bien pegados a las sienes, el botones, el vendedor de periódicos que se apoya en el ángulo de unas casas. Todos son gentes sencillas; no violentan en un sentido ni en otro su manera de ser ni sus sentimientos profundos. Ciudadanos, campesinos, soldados, dan todos la misma impresión. Nadie se esfuerza por ser tranquilo, ni alegre, ni heroico, ni por mostrar grandeza de alma. ¿Necesito añadir que tampoco fuerzan la tristeza ni la desesperación? Cuando uno de estos sentimientos se manifiesta, lo hace siempre con una admirable mesura y se siente que responde a una realidad sin engaño. He visto llorar a algunas mujeres. Lloraban sin respeto humano y porque sabían que lo que les hacía llorar merecía esas lágrimas. He visto a mujeres y hombres apretar las mandíbulas y crispas el puño. Sabían también las razones de su ira. Su mímica no se adelantaba jamás a los movimientos evidentes de su corazón y de su espíritu.

Este orden en los sentimientos, esta ecuanimidad de la vida interior, responden perfectamente al orden que reina en todo el país. Porque, vuelvo a repetirlo, el país está en orden. Lo estaba en ese mes de julio que señalaba el aniversario del violento estallido. El atuendo heroico y tumultuoso de los primeros meses de guerra civil que tantos relatos nos ha hecho familiar con sus hombres armados, sus puestos improvisados a lo largo de las carreteras y a la entrada de las aglomeraciones, ha desaparecido por completo.

Agentes de guante blanco reglamentan la circulación; la policía regular garantiza la seguridad de todos. Aún de noche, cuando se apagan las luces, se puede circular sin peligro por las tres metrópolis de la República. En Barcelona, Valencia e incluso en Madrid, se cree estar en cualquier capital civilizada del occidente europeo.

En España, en esa mitad del territorio que protege el Gobierno de la República, ya no hay guerra civil.

(Continuará.)

## PRIMERA PARTE

## Grandeza y miseria de España

Paz de España  
Fecundidad de España

Quiero hablar primero de la paz, de la fecundidad, de la alegría, de la civilización de España.

Si un hombre pudiera ir allí con el don, a la vez despreciable y magnífico, de ver únicamente por un lado la realidad de las cosas, sin duda creería que sólo atravesaba un inmenso jardín. De las viñas hasta los campos de trigo de la Mancha y de Castilla, sólo vimos, en este principio de julio, un despliegue de follaje, de flores y de frutas.

Yo había temido encontrar una España medio invadida por las hierbas silvestres. Supuse que un año de guerra habría trazado consigo ese tributo. Recordaba los terrenos baldíos y los campos pobremente sembrados del año 17. Apenas franqueada la frontera, me disponía a sentir en torno mío ese empobrecimiento, esa semi-desolación de las campiñas, que han rodeado mi adolescencia durante la última guerra. Pero, roja o amarilla, húmeda o polvorienta, a ambos lados del camino, hacia los horizontes renovados sin cesar, la tierra llevaba en todas partes la marca del hombre y devolvía en fecundidad el amor y el trabajo que había recibido.

Yo olvidaba que el reparto de tierras acaba de trastornar aquí las relaciones entre el hombre y el campo que lo alimenta. Esta nueva alianza había sido más fuerte que los acontecimientos. Había permitido que España escapara a la semi-esterilidad de los países en guerra. Nada sabría apartar al campesino de su labor cuando por primera vez, desde hace siglos, puede remover una tierra que le pertenece.

La guerra no ha alterado la fecundidad de España. Durante cientos de kilómetros la viña, el naranjo y el trigo lo atestiguan ante nuestras miradas. Había matices de flores, frente a las casas solitarias, y en todos los pueblos encontrábamos esa atmósfera de fiesta rústica y alegría campesina que transfieren al orden humano la opulencia y la generosidad de la tierra.

Estos pueblos de España han ocultado siempre en sus viviendas una extraordinaria vitalidad. En ninguna otra parte, los muchachos y las muchachas parecen tan numerosos. En pocos minutos se agolpan alrededor del viajero, en alegres y ávidos trolees. ¡Cuántas veces, antes de la guerra, en Aragón o en Castilla, me



# ¿Es esto la paz o la guerra de Europa?

Tengo la seguridad de que tres grandes países —el Japón, Alemania e Italia— tratan de fundar nuevos imperios: un imperio asiático en Oriente, un imperio germánico en la Europa Central y Oriental y un nuevo imperio romano en las costas mediterráneas y africanas. Los jefes de estos Estados proclaman que tales son sus intenciones. Y prueban lo que dicen con lo que hacen. Creo que no puede haber duda alguna: hemos asistido a la creación de tres naciones completamente militarizadas, dirigidas por castas guerreras y resueltas a la conquista. Es cierto también que los nuevos imperios sólo pueden crearse sobre las ruinas de los antiguos: los de Inglaterra, Francia y Holanda, y por la destrucción del orden internacional que se desarrolló entre la caída de Bonaparte y el advenimiento de sus sucesores actuales. Podemos ver con claridad en Extremo Oriente lo que significan las ambiciones de los nuevos imperialistas: los progresos del imperialismo japonés han traído ya consigo la destrucción de todos los Tratados y de todas las reglas de la ley, y la expulsión de todas las potencias occidentales. Lo que allí ha ocurrido ocurrirá también en Europa si los alemanes y los italianos satisfacen sus deseos. No hay que creer que sus ambiciones sean pura fantasía, ópera bufa; son tan reales como las de Julio César y las de Napoleón, y deben ser tomadas en serio. Para realizar el imperio de Hitler y Mussolini, Francia debe ser arrojada de sus fronteras e Inglaterra aislada en su isla. Es preciso que se pueda matar impunemente a un embajador de Inglaterra en la carretera de Praga a Viena, como se ha hecho en la carretera de Nankin.

La paz de Europa desde 1933 se ha comprado con el abandono de las posiciones franco-británicas, una tras otra. La retirada se ha disimulado con manifestaciones diplomáticas. Esta clase de paz puede durar cierto número de años, pues In-

glaterra y Francia tienen aún muchas posiciones que pueden ir abandonando poco a poco. Más aun, esta paz puede muy bien no terminar nunca en una gran guerra. Si esto continúa mucho tiempo, la potencia y el prestigio de Inglaterra y Francia serán gradualmente reducidas y suprimidas sin que sea necesaria una guerra. Estoy persuadido de que es esto precisamente lo que Hitler y Mussolini quieren decir cuando hablan de la decadencia de las democracias: Inglaterra y Francia han perdido la voluntad de defender su posición histórica en el mundo. Creo que los dictadores esperan evitar una gran guerra y realizar sus ambiciones llevando a Francia e Inglaterra a un completo estado de impotencia.

Las democracias tienen una potencia más fuerte que las dictaduras, pero viven en perfecto estado de confort, de temor y de confusión. Las naciones no quieren mirar de frente a los hechos para no ver que, cuando se trata de gobiernos que desean la guerra, no hay influencia que valga si no existe, como último recurso, la determinación de luchar. El verdadero problema de la guerra o de la paz es el de saber si las democracias quieren resistir o rendirse. La política de las dictaduras estará guiada por lo que éstas crean que es la verdadera intención de las democracias. Si las democracias quieren verdaderamente resistir, y ello con la suficiente sinceridad para que nadie pueda dudarlo, son aún lo bastante fuertes para devolver el orden al mundo y terminar luego la obra de paz haciendo concesiones reales. Pero si las democracias no quieren resistir, etapa por etapa, serán arrojadas de los sitios que ocupan en el mundo y reducidas a un aislamiento peligroso y precario.

Walter LIPPMANN  
(«New-York Herald Tribune».)

(«L'Ordre», 30-11-37.)

## Lo que opinan las autoridades inglesas del pretendido bloqueo de la zona leal por los barcos italo-alemanes al servicio de Franco

Para el Gobierno inglés es propósito disparatado la decisión del ex-general Franco, de llevar a efecto un bloqueo de la zona leal. Independientemente de que la realidad hace imposible los objetivos franquistas, a este respecto, el simple hecho de hacer público este propósito pone en guardia al Gabinete británico. El «News Chronicle», de Londres, publica una información sobre este asunto firmada por el conocido político inglés Vernon Bartlett, que reproducimos a continuación:

«La esperanza del «generalísimo» Franco, de alejar a los buques mercantes de los puertos del Gobierno republicano, para crear anomalías en el aprovisionamiento de los leales, le ha ocasionado serias dificultades con el Gobierno inglés.

Las autoridades navales inglesas y la Embajada británica en Hendaya han protestado de la amenaza que contra los buques extranjeros se radió recientemente desde la emisora de Salamanca. En esta emisión se hicieron tres categóricas afirmaciones: estableciendo un bloqueo, aboliendo las zonas neutrales de Barcelona y Valencia y anunciando que los barcos en esas

aguas podrán ser objeto de ataques por los aviones y buques nacionalistas.

El anuncio del bloqueo es considerado como un alarde ante el Gobierno de Inglaterra, para que éste ceda en uno de los pocos puntos en los que ha demostrado alguna firmeza hasta ahora o para advertir a las compañías aseguradoras del riesgo que puedan correr los buques que realizan comercio con la zona leal. Las amenazas de que tales barcos están expuestos a los ataques de las fuerzas de Franco han sido rechazadas airadamente en las ferias del Gobierno inglés. Aunque el deseo de permanecer estrictamente neutral ha conducido al Gobierno a rehusar proteger sus barcos, dentro del límite de las tres millas, no es admitido que dichos buques puedan ser objeto de ataques.

Realmente, la existencia del Tratado de Nyon hace imposible los propósitos de Franco. Por todo buque, cualquiera que sea su nacionalidad, está autorizada la protección fuera del límite de las millas establecidas, por la misma amplia acepción que tiene el concepto de «piratería».

## Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

mundo garantizar, al poner su firma en el concordato. Por ello, nos basamos en nuestras convicciones y en el hecho patente de que, precisamente en la época actual, el comunismo y el bolchevismo, se esfuerzan con un ardor y una tenacidad satánicas en marchar por el este y el oeste contra Alemania, en la cual ven el corazón de Europa, para cogerla en una especie de tenaza funesta. Por esta razón es por lo que nosotros no debemos quebrantar la cohesión alemana haciendo de la religión un motivo de afirmación y de discordia, dirigiendo sobre ella el desprecio y los golpes.

Es preciso, por el contrario, que una unión vivificadora y una pronta paz religiosa vengán a reforzar nuestra resistencia nacional a fin de que un día Europa, purgada de bolchevismo, y todo el mundo civilizado al cual habremos salvado, nos guarden reconocimiento. Los sucesos espantosos que se han producido, sobre todo durante los últimos meses, en la desdichada España, nos dan que pensar... Si, ahora, España sucumbiera, el destino de Europa no estaría irremediabilmente sellado, pero sí quedaría en duda de una manera angustiosa.

La misión que de ello se desprende para nuestro pueblo y nuestra patria es clara. Que nuestro führer pueda con la ayuda de Dios y la colaboración inquebrantablemente fiel de todos los ciudadanos del Reich conseguir llevar a cabo esta árdua tarea.

Al igual que sus colegas alemanes, a los cuales, como es sabido (piense lo que quiera la prensa francesa, a la que una larga costumbre inclina a ver el peligro sólo cuando se perfila sobre el cielo de Berlín), habían predicado con el ejemplo, los obispos italianos, a partir de la guerra de Etiopía consagraron unánimemente todos sus asuetos a difundir la misma consigna que realizaba, mejor que cualquier otra, la convergencia y la interpretación de los fines perseguidos, tanto en el orden espiritual como en el temporal, por la coalición de los regímenes totalitarios.

Desde hace cerca de un año no hay carta pastoral que aparezca en Italia que no llame a las armas a los fieles para combatir la plaga de la barbarie bolchevique.

La argumentación se basa siempre en los mismos estribillos estereotipados.

El bolchevismo es el enemigo mortal del orden nacional y la tumba de la cultura religiosa. Los primeros

ataques van siempre dirigidos contra los servidores y los templos de la Iglesia. Para ésta es, por tanto, cuestión de vida o muerte. La colaboración de la Iglesia para destruir esta potencia satánica es una de las tareas religiosas que hoy se imponen.

El 7 de febrero, en Nápoles, se organizó una verdadera manifestación anticomunista en la catedral, bajo la presidencia del cardenal arzobispo Ascalesi. El padre Falocch, de la orden de los franciscanos, hizo uso de la palabra para lanzar el anatema sobre los congresos de los Sin Dios, reunidos ese día en Moscú. Parecidas ceremonias se efectuaron en la Basílica de San Marco, de Venecia, bajo la presidencia del patriarca, en la catedral de Milán, bajo la presidencia del cardenal Schuster, en Génova y en Florencia.

En el terreno político, los prelados italianos están todos de acuerdo en decir a sus ovejas que la situación, tal como permite considerarla la amenaza de las devastaciones bolcheviques, no impone más que un solo deber, categórico, innegable: apiñarse en torno al «duce», plegarse a sus órdenes y aceptar, por dura que sea, la disciplina que en su sabiduría suprema le plazca establecer para defender a la cristiandad, para salvar la civilización.

Pío XI, confiado en la eternidad de su Iglesia y contando con la caducidad irremediable del poder temporal, desempeña, con menos embarazo y mucha más costumbre que el nuevo emperador del África Oriental, su papel de alcahueta con el tirano y de servicial e ilustre guardador de la doctrina y de la práctica del «orden totalitario».

### Balance de diez años de leyes excepcionales.

La complicidad activa y sin reserva del Quirinal y del Vaticano permitieron, pues, al fascismo obtener de la explotación racional de sus leyes especiales el máximo rendimiento.

No se puede negar que los resultados así conseguidos hayan sido notables, ni que hasta hayan excedido, desde ciertos puntos de vista, a las esperanzas concebidas por los más fieles y más optimistas partidarios de la dictadura, en el momento en que ésta emprendía el camino de las «medidas de guerra».

El más importante de estos resultados es que, merced al Tribunal especial, a las islas de deportación, a las persecuciones policíacas, a los pelotones de ejecución, a las diferentes milicias especializadas, a la censura, a los tormentos y a las hazañas inverosímiles de toda esa legión de «confidentes» y de provocadores, el fascismo ha durado diez años más. Para el fascismo— forma de organización de la vida social que no se explica más que como provisional, accidental, anormal y patológica—durar, aunque sólo fuese algunas horas, representa ya un tiempo. Durar diez años, sin contradicho, es batir un verdadero «record».

La instauración íntegra de un régimen de excepción, por el solo hecho de permitir a la dictadura prolongar, no importa cómo, su existencia, le hizo posible, al mismo tiempo, y en eso estriba el resultado que más importa, extender y consolidar los lazos que unen, que la sueldan, por decirlo así, a sus cómplices conscientes y, a veces, involuntarios.

Una dictadura moderna, dado el papel que corresponde hoy al Estado, es el acoplamiento de las manifestaciones innumerables de la actividad económica nacional, no puede prescindir del concurso—voluntario o forzoso—de toda una parte de la población, ni impedir que se extienda a la masa de estos colaboradores necesarios el disfrute de algunos de los privilegios por ella confiscados. A diferencia de lo que ocurría hasta apenas un siglo, cuando érale fácil al dictador mantener bajo su dominio a todos los súbditos del Estado por el empleo de un personal relativamente restringido, el fascismo se vio obligado, desde sus primeros ensayos de ejercicio del poder político, a multiplicar sus cuadros hasta el infinito.

Desde el principio de su experimento como sistema de gobierno, le fué necesario, en efecto, disponer no sólo de unos alcaldes, de algunos gobernadores o de algunos prefectos, sino también de una burocracia política enorme y poderosa.

Le fué, sobre todo, indispensable ponerse en condiciones de investigar en todo momento, mediante la organización de servicios nuevos, las menores repercusiones de las relaciones tan dispares y tan variables que engendra la complicación creciente de la vida económica y social contemporánea.

Esa es la razón de ser de su demagogia plebiscitaria, de su «totalitarismo» corporativo.

(Continuará)

**Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO**